

CITA: LAS PALABRAS DEL CAPITAL (I).

Dominación discursiva en la condición postmoderna

David Peidro Pérez y José Luis Díaz Arroyo
(I.E.S. Madrid Sur y Hercritia-UNED)

RESUMEN: A partir de la noción de “sinrazón” presentada por J.-F Lyotard en *Le différend*, se plantea la posibilidad de que un muy particular “relativismo” o “no cierre veritativo” —términos inequívocos— colabore efectivamente con el establecimiento de una total dominación efectiva bajo la forma del cálculo totalizado en su transposición como libre mercadeo. Sintaxis y traducibilidad, sirven de señas a seguir a la hora de vislumbrar en el discurso dispositivos de plena puesta a disposición y dominio de todo ente y los márgenes en los que se instituyen como campo común entre el tardocapitalismo y la condición postmoderna. El resultado tal vez sea levantar la sospecha de una posible negación de toda alteridad acallada por dicha dominación sin márgenes en colaboración de una discursividad incuestionada.

PALABRAS CLAVE: Cita, sintaxis, dispositivos de dominabilidad, diferencia, sinrazón, capitalismo.

Anticipemos que se llega tarde. Se deja presentir que “ya se ha dado ahora y aquí desde donde se habla”.

La línea de fuerza y fuga que conduce este escrito, la traza la necesidad de atender a la confrontación crítica entre la postmodernidad y el dominio del capitalismo globalizado con la mirada fija en los posibles dispositivos de dominación y cancelación de la alteridad y sus vergencias.

El punto de partida resulta problemático, pues el sometimiento de lo otro incluye siempre un disimulo constitutivo de sí mismo dado al negar un espacio ajeno, tal vez compartido, desde el cual puedan verse recortados sus perfiles. Más adelante, la palabra *sinrazón* permitirá hacerse cargo de este hecho. Ahora, de entrada, que esta cancelación pueda darse de manera efectiva comporta el riesgo de que resulte en todo momento ilocalizable, lo cual confirmaría y ocultaría a la vez el carácter total del dominio señalado, comprometiendo con ello y volviendo urgente cualquier discursividad capaz de abrir la divergencia ocluida. La considerada postmodernidad, además, cualificada filosófica, se postula complejamente como epocalidad capaz de acoger el carácter constituyente de la diversidad, y, no obstante, aun tras la caída del metarrelato único, la divergencia efectiva de decires desplegada por ella es lo que se pone en juego cuando se pregunta de fondo en dirección hacia el discurso y su participación o distanciamiento respecto a los dispositivos de una dominación total efectiva. Por lo tanto, lo problemático de la posibilidad de espacios otros en el marco de la postmodernidad es lo que motiva a estas líneas a la hora de cuestionar si otros espacios o si discursividades diversas son posibles en el marco del capitalismo devenido global por más que éste se vista con los ropajes de un relativismo más o menos dogmático. Los dispositivos discursivos subyacentes deben ser los que señalen si dicha posibilidad es o no dable. El texto conmueve sus bases.

Desde este punto de arranque, es necesaria una advertencia a la hora de afrontar el inicio de un texto con pretensiones de aproximarse críticamente a la relación tendida entre postmodernidad y tardocapitalismo, y es que se anticipan inadvertidamente ya algunas de las condiciones discursivas que ponen en tensión ambos términos. Siempre se llega tarde para esclarecer el nudo que los liga si son los dispositivos vinculados a dicha relación los que posibilitan sus diferencias desde antes de su comienzo. Este texto asume este retardo y propone hacerse cargo de él.

Entonces, levantada ya la advertencia, ¿cuáles son las condiciones discursivas desde las que la postmodernidad puede desplegar una respectividad crítica con el sistema del capitalismo globalizado? Partir de este interrogante significa asumir cierta topología, o dicho de otro modo, preguntar sobre la posibilidad de posiciones (*Setzungen*) otras (*andern*) capaces de desplegar la pretendida confrontación (*Auseinandersetzung*). Sucede entonces que aquello por lo que se pregunta determina al mismo preguntar y en consecuencia a las respuestas posibles. Otra asunto sería cuestionarse, como ejemplo, por una *inversión* de aquellos lugares en los que se asienta el intervalo de pregunta/respuesta, con la certeza de que los réditos posibles de toda inversión mecánica no podrían eludir el hecho de terminar rindiendo cuentas con la dominación total que llamamos *capital* (el retardo es retardo, no se retardaría en tal inversión).

Se debe aceptar que ahora aquí —en este instante fijado por el hoy de este texto preciso— el recurso a los grandes relatos está excluido¹ y que esta suerte de exclusión inequívoca constituye precisamente el horizonte de estas palabras. Efectivamente llegamos también tarde respecto a la citada exclusión justo al decirlo, y de ella partimos para erigir un mero intento de saber con aspiraciones a sentirse legitimado como tal.

Doble retardo, pues, el de ahora: claro, respecto a la caída del gran relato; solapado, en relación a las posibles condiciones hegemónicas de la discursividad una vez efectuada dicha caída. Ello excluye todo intento -inviabile ya desde un inicio- de restablecer ninguna gran narración fundante. Y es esto lo que hace que la legitimación de un texto como éste, de hecho, sólo pueda devenir constituida a través de un número determinado de mecanismos establecidos activamente en él y cuyos rastros bien podrían seguirse.

Cierto que una labor de rastreo como ésa bien podría parecer vana, y más si estos trazos resultan visibles en la misma plana superficie textual. Pero, entre tantos, hay un gesto repetido y declarado en que el texto se vuelca hacia la propia textualidad. Ya advertimos que este iba a ser el movimiento de estas líneas, pero quizá no le corresponda sólo a ellas y abarque márgenes imprevistos de la discursividad. Como cuando los dispositivos de legitimación discursiva “tienden a hacer caer el discurso cotidiano en una especie de metadiscurso: los enunciados ordinarios presentan una propensión a citarse a sí mismos”². Las palabras son de Lyotard.

Se cita, y ya antes de citar se selecciona, se elige desde qué nombres propios se extraerán las referencias. Desde hace un instante, Lyotard parece ajustarse: es un ejemplo, una muestra ineludible.

Se cita, y las comillas -orejitas de conejo o patitas de ganso- se alzan y marcan el paso necesario para ejecutar la incisión precisa que permite desplazar el texto, modificar su localización y apropiarlo en un nuevo espacio. Parece que derruido el metarrelato se funda una metadiscursividad, una propensión hacia ella cuando se reclama la cita. Se trata además de una incisión que cauteriza inmediatamente, con fina limpieza, y al hacerlo logra anclar al propio texto que realiza la apropiación en el momento en que establece redes de remisión, dibuja horizontes de sentido, atestigua la lectura y fija el interpretando. Y a la vez siempre, traza y fija

¹ LYOTARD, Jean-François. *La condición postmoderna*. Cátedra, 1984. Madrid. p. 109

² *Ibid.* p. 112.

también el contorno del lugar en que se va a establecer en tanto que saber; se filtran, tácitas, exigencias institucionales, protocolos, costumbres, toda una pragmática del saber a fin de cuentas que permite de este modo un asentamiento discursivo una vez se ha realizado la exclusión del gran metarrelato. Legítima, pues, en el momento mismo de establecerse un discurso de discursos y, con ello, al apropiarse o al expropiarse un fragmento, o al asignarle un nombre propio. Ambos retardos resultan ser uno solo o facetas diferentes de una misma configuración. Pero se debe citar.

Cabría preguntar si la citabilidad, como dispositivo eminente entre otros de aseguramiento discursivo no “hace texto” con las configuraciones desde las que se acuñan las posibilidades del capitalismo ultraliberal o, desde otros términos, con la metafísica en su momento de cumplimiento y clausura en la forma de plena dominabilidad técnica, o si ésta citabilidad se imbrica y cómo con la condición postmoderna.

Se triangularían así las nociones que nos ocupan al verse consteladas postmodernidad, dominio discursivo y capitalismo. En última instancia, en dicha pregunta parece radicar la posibilidad de toda confrontación.

Tanto es así que desde esta triangulación la pregunta inicial sobre las condiciones discursivas desde las que la postmodernidad pueda desplegar una confrontación con el sistema del capitalismo globalizado se deja tornar en los siguientes contrapuntos, casi a manera de corolarios o derivadas contracuestiones: ¿Se da en el pliegue postmodernidad-capital una posibilidad de un decir-otro-inincorporable? ¿Hay espacio de formas de no-inclusión efectiva en la multiplicidad de relatos postmoderna? En otras palabras, ¿cabe un decir no-citable?

*

Si es a Lyotard a quien se cita —y cómo no hacerlo—, se despliegan términos desde los que trazar la topología de las condiciones de cancelación de instancias de alteridad en el cruce entre capitalismo y postmodernidad. En adelante, el término “sinrazón” presentada en *La diferencia* hará de guía a la hora de atender en este cruce a la alteridad en una época exenta de todo “cierre veritativo”. Efectivamente, si se concibe la postmodernidad como una configuración histórica más que como un posicionamiento teórico entre otros, podemos afirmar con Gianni Vattimo en la senda despejada por Nietzsche que efectivamente “todo es interpretación”³, y que queda dispuesta así la apertura innegable propia de la contemporaneidad, sin que por ello se suspenda la vigencia de un fin de la metafísica que vendría a señalar igualmente este mismo momento, pero que, desde Heidegger, vendría a decir el cumplimiento de una plena disponibilidad técnica. Bajo la forma de la calculabilidad totalizada cabría leer el modo en que se despliega su transposición como libre mercadeo, completa disponibilidad o plena traducibilidad. Las nociones son diversas pero apuntan a una forma común de acuñación del ente, indesligable de ese “no cierre veritativo”.

En todo punto, el correlato es la caída del gran fundamento único, y los condicionantes históricos en que dicha caída se efectúa fueron ya señalados por Lyotard en el año 1979⁴. Por un lado, la externalización técnica del saber y el consecuente desplazamiento del sujeto cognitivo sobre el que pivotó la modernidad en aras a flujos de información tecnológicamente disponible. En segundo lugar, el derrumbe del relato emancipatorio racional ilustrado con el exterminio acaecido bajo el nombre “Auschwitz”, o dicho de otra forma, el hecho de que la razón calculadora lejos de alejar la barbarie se constituyó como la instancia que la posibilitó y la ejecutó de manera sistemática. En tercer lugar, el capitalismo postindustrial globalizado establecido como sistema total de relación capaz de despojar del halo sagrado a todas las

³ VATTIMO, Gianni. *De la realidad. Fines de la filosofía*. Barcelona: Herder editorial. Madrid, 2013. p. 28.

⁴ LYOTARD. J-F. Op. cit.

actividades al desplazarlas al mero valor de cambio⁵ y, cabría plantear, como forma universalizada de acuñación de los entes bajo la óptica del cálculo y el canje⁶ que ha conducido a algo que bien podríamos denominar “privatización del intelecto general”⁷ en un creciente flujo total de mercado.

En estas líneas, de ser acertadas, se trenzarían los condicionantes apuntados desde el instante en que información, exterminio y mercado dependen de formas determinadas de entificar según el cálculo y la plena disponibilidad basada en el cambio: traducibilidad en términos de datos informativos en flujo, en cifras de entes meramente disponibles o en cálculos de mercado cuyo escolio es la extrema fluidez de toda lógica sujeto-predicado⁸. En ellos radicaría tanto la posibilidad de la globalización técnica como el hecho de que un mecanismo discursivo último se hiciese no solo necesario sino plenamente vigente. En todo momento parecen conducir a este texto líneas simultáneamente diversas —apertura veritativa y plena puesta a disposición, multiplicidad de relatos y dispositivos de unificación discursiva— que se establecen en tanto que ya alcanzadas.

Constatamos a cada paso la vigencia continuada del retardo que nos conmueve, el “ya se da ahora desde donde hablas”, pero las manifestaciones son también múltiples y trazan las condiciones precisamente de ese ahora. De hecho ahí nos hallamos: la condición postmoderna y el despliegue de las multiplicidades que supone nos resulta constitutiva como condición de este mismo texto crítico que se inserta en una apertura que “en la república aparece siempre como instancia de indeterminación”⁹. Dicha indeterminación ofrecida por la caída de un proyecto único se despliega como condición, por tanto de las posibles alteridades en las que se desea fijar la mirada. Para afrontarlo de plano, se podría afirmar que esa indeterminación constituiría la condición, pongamos por caso, de cualquier ejercicio de acción democrática. Tanto es así, que precisamente es esta instancia la que cualquier posicionamiento totalitarista pretende cancelar acudiendo a dispositivos de cierre, a narraciones fuertes bajo la forma de subjetividades identitarias rígidas, relatos excluyentes o proyectos unilaterales en la derivación falaz desde cierto “se es” a un cerrado “deber ser”. El término “fascismo” debe pender sobre estas pretensiones. Pero a la vez resulta ineludible plantear si y hasta qué punto precisamente las condiciones discursivas que posibilitan estas instancias de indeterminación “contratotalitaria” son las mismas que impedirían toda forma de “decir otro”. O dicho de otro modo: si no son ellas también las que disponen los dispositivos de la “sinrazón”.

La pregunta conductora podría formularse ahora bajo otras luces: ¿incluye una determinada posibilidad de la indeterminación —es decir, la indeterminación en general— los mecanismos para que todo “discurso de la alteridad” tenga efectivamente cabida? ¿Qué impacto ejerce dicha “cabida”? ¿Cuáles son los dispositivos según los cuales todo pueda resultar incluido y hasta qué punto no colaborarían en una *sinrazón* en todo momento activa? Siempre es el retardo aquello que cuestiona¹⁰.

⁵ MARX, Karl y ENGELS, Friedrich. *Manifiesto del partido comunista*. Biblioteca nueva. 2007. Madrid. p. 50-51.

⁶ En relación a la noción de “canje”, que aquí a menudo adquiere la palabra “traducibilidad” como figura próxima, se debería señalar hacia su condición de forma de entificación y su trasvase desde el campo de la economía de mercado, acudiendo a la ADORNO, Theodor. *Dialéctica Negativa. La jerga de la autenticidad*. Akal. 2005. Madrid.

⁷ ZIZEK, Slavoj. *La vigencia de El manifiesto comunista*. Anagrama. 2018. Madrid, p. 16.

⁸ DELEUZE, G. *Postscriptum a las sociedades abiertas de control*.

⁹ LYOTARD, Jean-François. *La postmodernidad enseñada a los niños*. Gedisa. 2005. Barcelona. p. 60.

¹⁰ De diversos modos, algunos autores en nuestra contemporaneidad han estudiado posibilidades otras, por así decir, intermedias, como por ejemplo la noción de “lo determinante” (respecto a lo “indeterminado”/“determinado”, o lo “limitante”, que rompería la díada “limitado” / “ilimitado”), y que no

*

Existen coacciones como existen conflictos para los cuales no hay tribunales¹¹. La sinrazón es el daño acompañado por la pérdida de los medios de presentar el daño¹². Se cita, uno debe hacerlo: se lo halla en el séptimo párrafo de *La diferencia*, poco antes de dar paso al *Caso Protágoras*¹³. Dicho caso constituirá en manos del autor un momento paradigmático de sinrazón que se verá finamente desplegado para dejar a la luz la dinámica que impide la comparecencia del daño. El caso de Protágoras y su alumno Evathle ante el tribunal despliega el litigio en que la voz del damnificado no puede ser levantada bajo ninguna condición si pretende presentarse como víctima ante el tribunal: si Protágoras vence, Protágoras vence; pero si el acusador, en cambio, convence al tribunal, Protágoras vence igualmente y se sobrepone a la acusación de no enseñar el dominio del discurso público. El que se decía damnificado llega tarde al espacio del litigio; la condena pesaba ya tanto sobre él que ni para comparecer halla espacio. El caso permite verse transportado al planteamiento negacionista de Faurisson cuando pretendía negar la existencia de los campos de exterminio al no haber testigos de las cámaras de gas. Se da una situación tal en que el daño no es decible, de manera tal que dicha situación es dada y negada simultáneamente. Los casos se multiplicarían hasta la invisibilidad. Sea como sea, resulta significativo que aquella instancia de indeterminación contratotalitaria aludida anteriormente como constitutiva de la condición postmoderna no parezca capaz de esquivar la efectividad de los dispositivos de sinrazón: el daño no es decible si de lo que se trata es de, precisamente, experimentar la negación de decir. Hay una clausura llevada a cabo ya. La sinrazón se da efectivamente en la condición discursiva que impide toda forma de “decir otro” mediante dispositivos de constante exclusión-inclusión-cancelación.

Cuando Martin Heidegger afirma en el semestre de verano del año 1934 dedicado a la *Lógica* que “el dominio efectivo del mundo se da en el lenguaje”¹⁴ ofrece, quizás, algo más que indicaciones a la hora de rastrear el espacio de este dominio del que la sinrazón da señales. Debe ser citado, que quede aquí su referencia. Con todo, es innegable que Heidegger resulta fácilmente manipulable mediante la extracción de fragmentos, pero que a la vez no se deja citar fríamente y que el corte efectuado por parte de las comillas jamás permite suturarse completamente; tal es la complejidad de sus posicionamientos, de su topología textual. Cada lugar está trazado con precisión y ni uno sólo deja de remitir a otros *topos* que abren a su vez líneas diversas, caminos, puntos de cruce; tanto, que parece que nada se deje extraer de forma limpia. Y no obstante cada cosa dicha pertenece a *su* lugar, sin confundirse ellos entre sí, condición de posibilidad de que el lugar sean lugares irreductibles, topología sincrónica, y de

obstante no tendría sentido alguno hermenéutico mientras no se asuma que la perspectiva que ante todo compromete al pensar crítico en la postmodernidad es el “cómo” o cuestionamiento radical por las articulaciones activas —donde acontece la verdad ontológica, des-ocultamiento— entre pensar-decir al decir-pensar el ser y su verdad. Véase: Oñate, T., *Para leer la Metafísica de Aristóteles en el siglo XXI*, Dykinson, Madrid, pp 231-233, 306-308, 624-627. Conviene no perder de vista que son también múltiples los autores que vienen denunciando cómo la fuerza y carácter de las palabras ya no se escucha y está desgastada en el campo de la gramática, nos podría decir Nietzsche, hasta el punto de que los adverbios en “-mente” en castellano han perdido la capacidad de auto-manifestar su carácter modulador-activo-junto-al-verbo tornándose en meros complementos sintácticos (la terminación “-mente” como mero recurso memorístico para localizar si se trata de un adverbio: recurso morfológico al servicio del conocimiento).

¹¹ OÑATE, Teresa. entrevista con Jean-François Lyotard.(Paris, 13/12/86) Revista de Filosofía META Vol. 1. n°2. Mayo 1987. Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. <http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei>

¹² MARX, Karl. *Manuscritos. Economía y filosofía*. Alianza. 1985. Madrid, p. 17.

¹³ *Ibid.* p.18-20.

¹⁴ HEIDEGGER, Martin. *Lógica. Lecciones de Martin Heidegger* (semestre de verano 1934). Anthropos. 1991. Barcelona. p. 129.

que en las posibles articulaciones de los “qué” se dice y los “cómo” se dice aquello que se dice, el “cómo” se diga, al menos, a través de dos direcciones diversas. En cualquier caso, la afirmación sí constela con la polémica afirmación del 35 en torno a la grandeza del movimiento a propósito -no se olvide- del avance técnico, pero también con los fragmentos de *Superación de la metafísica* y *La pregunta por la técnica*¹⁵ para, siguiendo la estela trazada, conectar con *Hacia la pregunta del ser*¹⁶ en que se lleva a cuestión precisamente la relación entre dominación técnica y lingüisticidad en el cumplimiento del nihilismo. No es casual tampoco que en este último texto unas aspas, punto de cruce otra vez y de tachado, disloquen en la escritura la mera enunciación tematizante hacia un decir atáctico; deberá hacerse visible este hecho con la palabra, a través de palabras o en su borde. Sirva de indicativo, pero no únicamente: de darse la dominación técnica efectiva del mundo en el lenguaje, sus propias reglas serán las del dominio incondicionado.

Uno de nuestros problemas sería qué tendría que ver la necesaria referencia material del pensar —a la hora de interpretar— a un texto o interpretando con un tal dominio, con la sospecha de que una materia suficientemente indeterminada o descualificada bastaría para disolver y pasar por obvia una buena suma de estas problemáticas. Pensamos a la vez en la alternativa de una materia cualitativamente cualificada que fuese ya desviación en el origen¹⁷, cruce o intersección de polos geoméricamente ya siempre aberrados, resistencia térrea diferencial que podría traducir o dislocar la inevitable referencia hermenéutica de nuestra condición a los textos e incluso a las relaciones-diferencia del orden lingüístico que exhibe el texto. Se llama a comparecer así a la propia sintaxis como configuración de orden lingüístico.

Citamos como quien atiende a un hito o indicador. Lo hacemos en esta ocasión con la mirada puesta en el intento de aclarar la dinámica de puesta a disposición y las instancias posibles de resistencia frente a ella. La considerada primera sentencia escritural de lo que *posteriormente* denominamos filosofía, explicita una *táxis* que deja leerse como completamente atáctica. Leemos una traducción de la sentencia; se hace necesario:

De donde a las entidades se manifiesta el surgir [*génesis esti toís oúsi*], hacia allí tienen éstas su declinar [*kai he fthorà eis taúta génetai*] según necesidad [*katà tò chreón*]; pues se dan ellas justicia [*dídousi gàr autà díken*] así como (dan) pago unas a otras de la injusticia [*kai tísin allélois tés adikías*] según el orden del tiempo [*katà tèn toû chrónou taxin*].

Focalizamos lo que de táctico se pone en juego en vista al orden discursivo. Las palabras en griego hienden un texto abierto a la interpretación. Indican el temple de la palabra intraducible, irreductiblemente otra a la nuestra, todavía siempre por-decir y pensar. No se trata de un hábito elitista o erudito, pues la intraducibilidad no se ejercita o mejora con la práctica al alcance —discriminatorio— de unos sí y otros no, en función de sus asimétricas condiciones materiales. Tampoco es arbitraria. Se llega a ella únicamente tras haber intentado todo a través de una suerte de saber de la sustracción. Por ello la intraducibilidad se asume o reconoce y en este sentido se tiene o no se tiene. A su vez, mantener la traducción siempre abierta en el límite, asumir que hay palabras, gestos, dinámicas intraducibles, desfasa la inmediatez de la referencia a un texto. Solapadamente además, pone en jaque las condiciones técnicas desde las que brota la condición postmoderna desde el momento en que ésta postula una siempre potencial traducibilidad de lo dicho¹⁸ en aras a su operatividad.

¹⁵ Ambos textos en HEIDEGGER, Martin. *Conferencias y artículos*. Ediciones del Serbal. 2001. Barcelona.

¹⁶ HEIDEGGER, Martin, JÜNGER, Ernst. *Acerca del nihilismo*. Paidós. 1994. Barcelona.

¹⁷ ALTHUSSER, L. *Materialismo alternante*, pp. 31-36.

¹⁸ LYOTARD, Jean-François. *La condición postmoderna*. p. 15.

Ha de hacerse evidente cómo ello tiene que ver con que la sentencia no tenga un tema, un “de qué” más allá de la completa cita textual que la sentencia es. Se dan señas así a la posibilidad de un discurso sin objeto, decir no-temático. Se habrá de mantener abierto si ello truncaría, bajo qué condiciones discursivas, las raíces solapadas del espacio hermenéutico-discursivo y de aquella supuesta materia descualificada y suficientemente indeterminada para dar cabida a un dominio incondicionado. Anaximandro y sus testimonios nos llegan ya siempre en citas (Simplicio, ...), ni más ni menos que como los rastros textuales de los conocidos “presocráticos”. En el caso Anaximandro la singularidad de su surgimiento cruza un camino próximo o más cercano a Heráclito que a Parménides. Aquel singular-plural o simplemente colectivo “cómo” del texto muestra el nivel “cero” de aquellos elementos -ritmo, métrica, música, coreografía, palabra- con que la lingüística trata el discurso en general y conforma la superficie plana en que consiste el mero texto, perfectamente preparado para ser medidor y base del discurso técnico, filológico: violento, por obvio, violentador, por cuanto su excesiva transparencia no deja mostrar las condiciones que exige su posición. Y si el corriente modo de circulación del saber disciplinado y disciplinario se jacta por sacralizar la referencia de la cita hasta el punto de afirmar que “por sus citas les conoceréis”, hemos de remedar una respuesta que retenga “pero no a Anaximandro”. Pues lo suyo es un texto plano, sí, pero allí donde todavía resulta opción o decisión, inevitablemente discriminatoria frente a otras, nunca en “igualdad de oportunidades”, y de hecho decisiva todavía para la posterior configuración de la filosofía. De ahí tal vez su carácter transgresor y revolucionario, en virtud de que la traducción deje que la palabra, siempre una nueva, otra, palabra, esté por-venir. Dicho por-venir es ese que se vería —y se ve— cancelado por el callado paradigma de la traducibilidad plena, de la citabilidad sin restos.

Conviene que abramos la sentencia de Anaximandro en dos filios plurales¹⁹. Entre el texto marcado por “de donde” y “*katà tò chreón*” y aquel otro que abre “pues (se) dan ellas” y llega hasta “*katà tèn tou chrónou táxin*”, ahonda un corte y una separación cuyo nexos tácito viene instado por la repetición de lo mismo dicho cada vez diversamente al final de que cada tramo: “*katà tò chreón*”, “*katà tèn tou chrónou táxin*”. Ello debilita el lugar explícito de “gar” como hilación causativa de una supuesta “primera” y “segunda” “parte” de la sentencia. La articulación entre tales supuestas “partes” sería justamente atáctica en virtud de que el nexos —aquel “gar”— llegue únicamente en la segunda sección de la sentencia anticipado ya en un desfase y retraso desde el primer filo o tramo. Pues aquello de lo que se habla en cada caso se declina, estrictamente brota y desaparece, diferente en cada intervalo.

Por un lado se alude de entrada al carácter plural-colectivo de la presencia —de “las entidades”— a través de las direcciones-límite extremos de la presencia de las cosas, *tá ónta*, desde la génesis, el surgir, brotar, nacer, salir a la luz, *hacia*, no inclusive, la *fzora*, morir, caer, o simplemente declinar. Uno y otro son direccionalmente cortantes, por tanto insuturables en una presencia plana e inseparables en el decir (*légein-lógos*) de Anaximandro. De ahí la disimetría constituyente de la presencia plural, colectiva, de la que finalmente se nos dice que se da “según necesidad”. Según el cuestionamiento que motiva y conmueve las palabras del presente escrito no resulta relevante en este punto el supuesto carácter anacrónico o ahermenéutico que tendría remitir esta huella “modal” a textos que vendrían *después*. Y no obstante se habla de un orden. Un orden que se repite diversamente. Sea suficiente al respecto reconocer que Heidegger se refiere complejamente a las “categorías modales” kantianas, de ellas a las así consideradas aristotélicas, así como a los usos de la raíz de “*chreón*” en Homero. El trabajo de Heidegger permite pensar que estos usos afectan a uno y el mismo asunto, que tocarían entonces a la introducción aristotélica en el límite de la presencia griega de la

¹⁹ HEIDEGGER, Martin. “La sentencia de Anaximandro” en *Caminos de bosque*. Alianza. 2003. Madrid, p. 252 y ss.; así como: HEIDEGGER, Martin. *Der Spruch des Anaximander*, GA 78, p. 22 y ss.

problemática de la *ousía* y a la platónica de los *eíde*. quede así delineado cómo todo lo que tiene el eje ojo-mano en la configuración de la presencia de las cosas remite a la irrupción de un acontecer [*Ereignis*], irrupción de este mismo (contra-)eje esencial en la comprensión de la presencia en juego en cada caso²⁰.

Volviendo al segundo lado de la sentencia, se insiste en aquello ya dicho por la presencia colectiva de las cosas dichas gramaticalmente como singular (en cuanto a su “número”, el sujeto) en el primer lado, pluralidad subrayada por el mismo “según necesidad”, y así de algún modo problemáticamente anunciada ya sólo como diferencia allí. Anótese mientras cómo el segundo lado de la sentencia expone en principio un plural gramatical — literalmente “ellas”, *tá ónta*— que mantiene el sentido de un plural expuesto en diversos sentidos. La pluralidad se plurifica. El plural se da pluralmente, en dos registros²¹, aquel de la “justicia” [*der Fug, die Verfügung*] o, como recomienda leer Heidegger, el ensamble o construcción [*die Fügung*] que exige la hendidura [*die Fuge*], así como aquel propio del “pago” —intercambio relevante entre las cosas, indicación del “según necesidad”— recíproco, “unas a otras” [*allélois*] de la “injusticia” [*der Un-fug*], complejo que se da “según el orden del tiempo”. Retengamos que este tiempo es otro a la temporalidad trivial descrita estructuralmente como yuxtaposición en una secuencia i-limitada de puntos-ahora (tiempo ordinario, *Sein und Zeit*), si no la articulación entre complejos sería vacua²². Y no en vano dice Heidegger que el quicio o gozne entre las dos secciones de la sentencia es una *Singularität*²³. Así brota la filosofía. Queda en todo momento la marca dejada por cada dispositivo discursivo que haya hecho disponible lo abierto en estas palabras. Cada mecanismo que haya suscitado sus diversos modos de forzada traducibilidad traza se estela en el orden de lo factible.

La sentencia se brinda ante cualquier interpretación que suture el rumor continuo de una *Diferencia* que problemáticamente espolea el cuestionamiento por el carácter crítico de la discursividad postmoderna²⁴. Es esta sutura la que se ve problematizada en este mismo instante, pues en ella es donde se activan los protocolos de aseguramiento y puesta a disposición. La posibilidad de la forzada sutura —imposible— es la condición de posibilidad de la cita. La condición más acuciante a este nivel es la lectura cuidadosa del lector. Gianni Vattimo recoge a su modo la discusión subrayando la ingente riqueza de la diferencia en Deleuze, Derrida, el propio Vattimo o Heidegger. Se relaciona a la vez la amplitud del *pensamiento de la diferencia* con una “ontología de la declinación” que partiría de Nietzsche para la condición postmoderna al pensar la tarea de atender a la diferencia y sus diferencias —en la perspectiva kantiana tal vez insuperable del problema de la cantidad y el número— respecto a diferencias nunca interconvertibles, traducibles o equivalentes. El problema explícito, nunca definitivamente clausurado y con excesiva frecuencia inconfesable en todo lo que atañe a lo comprometido de la *Diferencia* con el decir, del decir de la *Diferencia*, es la “comunicación social” de esa *Diferencia*²⁵. Nos cuestionamos por la relación de la postmodernidad filosófica con la diferencia pensada culturalmente, la relación diferencial de la postmodernidad crítica con la cultura y el modo de pensar, interpretar y *transmitir* la problematicidad de las diferencias a lo

²⁰ HEIDEGGER, Martin. *Parménides*. Akal. 2005. Madrid, pp. 100-118.

²¹ Habrá de dejarse de lado todo sentido que tuviera que ver con los ámbitos del “derecho”, la “justicia” o la “moral” modernas que en Grecia sencillamente no hay.

²² Podría citarse: sino el *Tiempo* de los trágicos y del surgimiento de la filosofía, aquel “gran e inconmensurable tiempo deja brotar [llegar a la vida] las cosas ocultas, y las manifiestas las oscurece” (Sófocles: *Ajax*, v. 646/647).

²³ HEIDEGGER, Martin. *Der Spruch des Anaximander*, GA 78, pp. 49-50.

²⁴ Si decimos todavía —en sentidos vattiniano-heideggerianos— que la *Diferencia* apunta siempre a una “retracción y destitución de la presencia” que, como “desfundamentación”, lo es de toda “pretensión de definitividad de la presencia”: ello sería “esencial al pensamiento para constituirse como pensamiento crítico”. Vattimo, G., *Las aventuras de la diferencia*, pp. 8-9.

²⁵ VATTIMO, Gianni. *Las aventuras de la diferencia*., pp. 145-146, 128.

social. Un claroscuro continuo recorre los caminos que indican nuestras palabras: el talante crítico de lo postmoderno precisamente habría de ser dique de contención-retención y resistencia a las diversas formas en que el frenesí de la continua actualización de las diferencias abarrota la denominada cultura postmoderna, en este sentido, extempórea al agujón crítico de lo postmoderno. Puede mostrarse con un rasgo siniestro el presentimiento de que los dispositivos de sinrazón puedan hallarse inscritos en su partida de nacimiento.

*

Son numerosos los indicios a penas visibles de algo que podría pensarse como un daño sin dolor, como facetas de un dominio ejercido ya desde el comienzo en el discurso y en aras a una puesta en plena disponibilidad. Formas de cumplimiento forzoso de la traducción y mecanismos de citabilidad colaborarían y serían manifestación de dicho dominio. Desde él los diversos modos de "llamada al orden" son notables; todo incide en la efectuación de sistemas vigentes de coacción.

Ya parecen viejos, casi desde antes de su nacimiento, el "estado de alarma", los confinamientos y el "toque de queda". Con ellos la extrema fidelidad al *estar al tanto* del día a día no disimula el amparo que en la soledad de la casa (hablar de hogar, sería demasiado) nos ha dado el fenómeno "fan" con lo extremadamente actual. Fieles seguidores de aquello que por ser lo último y novedosísimo descarga la constante actualización y consiguiente fuga de lo indivisible e insobornable del "ahora", nos creemos en la vanguardia de una normatividad de nuevo cuño para viejos tiempos, normalidades ordinarias (poco anómalas), como nunca, tan a disposición de "todas" y "todos". Rayano a ser lo primero meramente ordinal de una —otra vez— nueva serie, la supuesta novedad no esconde su afinidad por el desarraigo que únicamente la total disposición textual de los interpretandos garantiza sobre lo sido y lo pasado. La fina operación quirúrgica que extirpa la alteridad de lo presente cauteriza en el mismo corte las huellas de un crimen originario sin testigos distantes, observadores secretos o en retirada súbita, sin aviso, ante la hipertrofia futurista de un hipotónico pasado carente de espesor en su constante presentización. Una llama sin tierra, anoréxica sin la gravedad de un mínimo suelo, se extingue en la ligereza de lo alto. Si únicamente humo, afinemos el olfato o asumamos que el humo podría estar en las nubes; cabe la gravedad de un cielo sin progreso. Si todo debe ser traducible, si todo citable, todo queda en la mano del mercadeo. No hay doblez; no ha de haberla.

No hay otra vuelta de hoja. Cada hoja se reduce a una línea en immaculado blanco siempre por escribir y siempre ya escrita. Lo sido y el por-venir se cultivan como una cicatriz sin espesor, sin relieve. Una cicatriz plastificada en el grosor de un papel exclusivamente con estrías defectivas de fabricación (plástico "malo", "del chino"). Sin condiciones necesarias para escenificar una tragedia global, la comedia se esfuma en la caricatura, el guiño identitario del *meme* basado en lo último reconocible por muchos. Es lo último, de lo primero, ninguna cuestión. Estoy trabajando. Siempre humorísticamente, la calcamonía que encubre este *crimen originario* se dice en referencia a lo "políticamente correcto" bajo los réditos que el impacto de la propaganda y la publicidad²⁶, mera repetición de lo idéntico, ofrecen a las lógicas identitarias (binarias o no) de amigo/enemigo. La cita es el modo perfecto de referenciar la propaganda disciplinar que todavía algunos llaman "justa" respecto a lo pasado, lo sido, los antecesores o la tradición sin cuya complejidad no podríamos comprendernos. Si en el sentido común de lo *local* habitan los *microfascismos* más irreductibles y virulentos, más nuestros, las comillas inscriben también una anomalía en el continuo *macro* del texto, el contraste entre registros o fuentes escriturales inalcanzables, perdidas entre sí en la accesibilidad del lector a *su* mundo de comprensión o apertura de significatividad. La problematicidad de la

²⁶ CASTRO, Ignacio, *En Espera*, pp. 44-71.

accesibilidad a lo que ya somos, pensamos, hacemos, se brinda al lector como un compromiso por cumplir. Ahí está la salvación. Las comillas aíslan y separan, indican y señalan, si bien las vías a las que apuntan sus huellas no garantizan que la promesa inmanente de comprensión del texto —y que (de-)viene de él— haya de darse de suyo. Únicamente una fuerza coactiva, en sus muchas y refinadas elaboraciones, podría garantizar en tales condiciones el éxito de la lectura. Ante la fortificación propagandística y publicitaria de las interpretaciones monumentales de una tradición dada, los lectores críticos, si hay suerte, quedan marginalizados en aquella caricatura global donde se pule en un único plano omniabarcante el filo de una espada acomodada a una exclusiva empuñadura: conmigo o sin mí, todo o nada, amigo/enemigo. Tú sí, tú no: la voz como premio para los elegidos. No habrá palabra con espacio para testimoniar el daño cuando precisamente los mecanismos de inserción y exclusión eliminan la posibilidad de un afuera, de la voz alzada desde fuera. Efectivamente, no habrá voz negada para apuntar a la negación de voz.

Se trata aquí precisamente de apuntar, de señalar delicadamente la presencia operante de dicha fuerza coactiva en el seno de la discursividad, del orden imperante de lo factible y de lo decible. La plena disponibilidad da señales de su cumplimiento. Sus rasgos se han ido ya haciendo sensibles. Deleuze delectaba ya estas formas de “sociedad abierta de control” muy al inicio de la década de los '90 (Deleuze, *postscriptum a las sociedades abiertas de control*). Hablaba de Foucault. Deleuze lee cómo las *sociedades disciplinarias* —típicas del siglo XVIII y XIX— se vuelcan en estas *sociedades de control* —con y tras la Segunda Guerra Mundial—, allá donde los molde-contenidos que formaba el disciplinamiento sobre las individuaciones discretas del caso devienen una *modulación universal*, como un “tamiz cuya malla varía en cada punto”²⁷. Es como si ahora cualquier camino, vía o dirección a pensar (o del pensar), tuviera que seguir el surco metaestable de un recorrido circular constantemente expandido (extendido o contraído) en círculos concéntricos respecto a un centro siempre descentrable, aparentemente fijado a una totalidad globalizada como modulador universal de unidades discretas adecuadamente aferradas sin posición o centro fijo. La singularidad del carácter globalizado de la pandemia o la pandemia como fase media-tardía de la globalización acentúa la condición metaestable y de continuo cambiante en que una y otra de estas sociedades se relacionan. El pasaje entre ellas en nuestra condición postmoderna habría de alcanzar el primer orden del cuestionamiento. Deleuze subraya la fluidísima mezcla que en las *sociedades abiertas de control* encuentran el aplazamiento ilimitado, en continua variación, que tiene como protagonista la mera yuxtaposición de lo discreto, y ciertos canalizadores de la accesibilidad al flujo informado de las cosas. Esto sería una cifra. El problema del *control* no sería la coacción del libre movimiento, o el estar siempre localizados en *tiempo real*, sino que la posición de cada individuación sea exigida por la interconexión de todas las cosas entre sí, cuando la conexión ya es el único y primer plano de la existencia. Sin distancias y vergencias, se ve que la posición de la *alteridad* es ilocalizable. Invisible e insensible, la oclusión de la alteridad que acogen los *discursos del poder* tendría para Deleuze un obvio instrumento social, el *marketing*, vale decir, la propaganda y la publicidad²⁸ propias de un *régimen empresarial* que ejecut(iviz)a inadvertidamente, se quiera o no, todo lo simbólico y real, y un correlato en el nivel de aquellas máquinas —nosotros decimos, la “pantalla”, además de extraplana, retroiluminada (ya no hay iluminación o marco comprensivo aparte de ella misma), símil catastrófico del umbral-puerta o ventana— que hablarían de una *época* de límite espesor, en

²⁷ DELEUZE, Gilles. *Postscriptum*, p. 279.

²⁸ Asunto ya subrayado por Martin Heidegger a finales de los años treinta al pensar algunos rasgos constitutivos de la *Machenschaft* propia de la organización total planetaria con que el poder de la voluntad de voluntad arrasa lo diferencial de cada cosa y, así, al ser. HEIDEGGER, M., *Cuadernos Negros. Reflexiones XII-XV (1939-1941)*, pp. 85, 199, 200, 234-235, 237.

transición o entre-dos epocalidades de entrada diversas. Son, todas ellas, señas de una ilimitada puesta a disposición correlato de dispositivos ya activados en el lenguaje.

Tal vez nada haya cambiado porque a todo seguimos exigiendo, es decir, alimentando, con el constante cambio actualizado que sitúa cada cosa en un primer plano de “visibilidad” compartida, publicada, llevada a lo “público” y a un público para el que cualquier “común” queda reducido a los márgenes de su otro, lo “privado”. En la angostura de la contraposición entre lo “público” y lo “privado” ninguna vinculación o adherencia constructiva se cultiva. Los márgenes sistemáticamente se excluyen. La tierra que acoge al neoliberalismo (pues éste ni siquiera tiene entidad suficiente para preparar su propio terreno, le vale cualquiera²⁹) rechaza por sí la imposición de todo límite, dique, resistencia, pues ese mismo solar máximamente productivo es translúcida negación de la construcción³⁰. Retengamos en el cuestionamiento si caminar una tierra supone construir allí, o en qué medida un camino ha de ser ya siempre construido, sea o no por el mismo caminar, con otros —pensemos en la construcción absolutamente solitaria como mito frecuente del capital, contando con que un camino habría de poder ser siempre recorrido en diversas direccionalidades irreductibles a los nombres y agentes que tomaran sus direcciones—. La comunidad, la soledad, lo singular, el límite: tienden a ser devastados por el culto de esta inmanencia dogmática y culturalmente extendida que se vanagloria de ser la propietaria de las interpretaciones monumentales de una época. Como si una interpretación no tuviese irreductibles condiciones manifestables únicamente en la palabra —y todo *conflicto de interpretaciones* pendería de ello—, los propietarios culturales de los legados de la Historia toda obtienen un claro rédito de su violación sistemática del uso y posesión eñable del decir: perpetuar y extender la devastación de sí mismo en negocios inefables peritos en garantizar algunas carreras profesionales. No saben habitar la tierra, olvidaron caminar las calles peor iluminadas, aquellos que únicamente siguen el firmamento sin parpadear. Con la condición absoluta de estar en todo momento interconectados, compartir un mundo a solas, aislados frente a una pantalla, ventana o fachada, conforma lo difracto de nuestro aislamiento físico y reaviva incesantemente el amontonamiento ontológico al que nos sometemos voluntariamente. Nuestras vidas nunca estuvieron tan cerca de ello. Nunca fue tan nuestro. Y un orden fijado lo sostiene intocado.

*

En contraste con el surgimiento de la filosofía se bosqueja por convenio algo después la emergencia del discurso filológico, es decir, lógico-gramatical, en la *ars grammatica* de Dionisio de Tracia. Enélyaescrituradelaspalabrasseagolpeacontraunpapelenblancoilimitado,separandoespaciose ntreellas. Literalmente impronunciable. Si bien ello valdría también para el surgimiento de los grandes textos de la filosofía (Platón y Aristóteles), transmitidos hasta nosotros como textos legibles, siempre legibles, de hecho, “clásicos”. El singular continuo entre el grafema que rasga la hoja y el plano (nunca del todo) en blanco de acogida (¿la palabra temple la hoja o son los contrastes los que templean el texto?), solamente contempla grados continuos, escalas de grises. Los palimpsestos, “según el orden del tiempo”, son necesarios. La interrupción del continuo del decir a través del hueco entre palabras escritas escinde más bien el silencio en un vacío defectivo para una situación de partida que ya traiciona, propone algo diverso, al continuo estriado, pluridimensional, de la palabra previa. Aquel hueco entre palabras no resulta vano, el intervalo se marca en la letra escrita en orden a facilitar la dicción “pública” del decir, la solidaria lectura en común (¿social?) de un escrito “privado”. Pueda establecerse tanta

²⁹ Sin atender al problema del cumplimiento de las condiciones materiales de una vida colectiva, le vale formalmente toda condición material de una vida meramente individuada.

³⁰ Entendida ésta como la compleja construcción de conceptos, la tarea de la filosofía. DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, pp. 39 y ss.

circularidad entre estos niveles como se quiera. Su conexión exige su separación discreta. Su seguimiento másico (lectura y codificación alfabética), reproduce el aislamiento de los individuos que hablan, dicen, leen, se comunican, a través de aquello que les somete. Con textos, entre textos (contextos), se dirime una batalla en un escenario cercenado por armas mutiladas de homologado uso. Entre nosotros: duele lo más tajante, por mínimo que sea, en los entornos de lo “políticamente correcto”, pues ya nada duele en los escenarios de la previsibilidad absoluta. Las luces deslumbran el sentido, el espectáculo y entretenimiento mantienen abarrotado el ocio de hitos culturales siempre bien dispuestos a sofocar un aburrimiento crónico de sorpresa obsolescencia programada. Un libro para leer en la playa, en el bosque, con amigos, en el bar, de amor o drama. Siempre queda un libro por hacer o leer (¡qué más da!). Algo de filosofía también. La cárcel de oro es falsa, el oro, no la cárcel, pues el oro no es *substantia* alguna.

Por sabido, convendría demorarse en lo siguiente: la tecnología nunca ha sido neutral, “la neutralidad es un valor ideológico del liberalismo, siempre oculta la “mano invisible” del mercado”³¹, por ello su uso no puede depender ni del abandono, ni “del uso personal que hagamos de ella”. La vieja separación capitalista de ámbitos, niveles, individuos discretos, cortados a toda costa, antes todavía del surgimiento del capital. Acéptese, incluso, la relativa novedad —muchísimo menos en Tracio que para Platón— que podría suponer la lectura “privada” de un texto (texto para leer), las distinciones y separaciones discretas entre ámbitos ya circulan resguardadas en el dominio de la gramática. Sus huellas o marcas se imprimen en el decir, y la arena ilimitada del mero tiempo cronológico sopla sobre sí misma su olvido disolviendo lo remoto y extraño de la lejanía de una muesca, que habría simplemente de apuntarse en márgenes todavía no-decididos. Saciados de lenguaje, entregados a un sol central que no provoca contra-sombras, exclusivamente sobrevive lo que salta a la vista. Todo ello, figuras de la sinrazón.

¿Dispone entonces la *taxis* en el espacio del lenguaje la prefiguración de dispositivos de exclusión-inclusión de instancias de alteridad? No es vano que también Heidegger apunte hacia el carácter paratático del texto de Parménides. Tal vez ningún desplazamiento sea unívoco, y la exención de la fijación gramatical constituya a la vez cierta apertura a devenires de la alteridad en otros momentos clausurados. Sería momento de citar a Adorno cuando levanta acta de las dinámicas paratáticas activadas en la poesía de Hölderlin, o recordar el modo en que Osip Mandelstam señalaba cómo aspectos nucleares de la Comedia de Dante no se hacían accesible a los lectores serviles y dóciles con la *sintaxis*³².

El orden atático no resulta caótico ni muchos menos primitivo, en la medida en que lo caótico responda a la pregunta por un *c(a)osmos* allí donde ya siempre nos movemos en la complejidad de lo híbrido en el campo del cuestionamiento hacia donde brota la tan maltratada, por cultura, creatividad³³. El despliegue *paratático* desplegado en el Poema de Parménides nos muestra la urgencia de asumir el problema de cómo pensar-decir *taxis* o vergencias en el orden lingüístico. Se cita precisamente el primer hexámetro del considerado fragmento VI del Poema de Parménides³⁴. Otra vez Heidegger. Se nos expone el primer hexámetro recogido por Diels-Kranz como fragmento VI, marcando el contraste entre una posible traducción correcta

³¹ CASTRO, Ignacio. *En Espera*, p. 19.

³² MANDELSTAM, Ósip. *Coloquio sobre Dante*. Acantilado. 2006. Madrid. p. 96.

³³ Aquello que piensa en junción (a) la filosofía, la ciencia y el arte en su heterogeneidad originaria que Deleuze piensa a través de una red de singularidades irreductibles (a través de la imagen-cerebro). DELEUZE, Gilles, *¿Qué es filosofía?*, pp. 53, 202 y ss.

³⁴ HEIDEGGER, Martin, *¿Qué significa pensar?*, pp. 153-155. El hexámetro en cuestión dice: “*chrè tò legein noeîn t` eòn émmenai*”, que Heidegger expresa desde un impulso paratático como “*chrè : tò legein noeîn t` : émmenai*”.

—“es necesario decir y pensar también que ser es”— y su versión paratáctica —“Es necesario: decir y pensar también: ser: es”—. La forma de escribir paratácticamente la sentencia “de ningún modo se hace más clara en su contenido”. No es su pretensión. Se ofrece a pensar la articulación [*Gliederung*] del hexámetro. Los dos puntos se añaden en orden a señalar ante todo a “la manera en que las palabras de la sentencia están ordenadas entre sí”, su orden y disposición [*Aufstellung*]. Son algo extraño, ellos, los dos puntos, como recurso que indica una *unción* paratáctica. Entre ellos hay palabras aisladas con significado unitario y los dos puntos espacian y dan continuidad a las palabras: aquello que separa, los dos puntos, junta, a la vez, caminos que no tendrían por qué tocarse de otro modo. Sería muy confusa la sustitución de ellos por una “y”. Pues en la sentencia “las palabras se suceden sin conexión [*folgen (...) einander unverbunden*]”, una-junto-a-otra sin yacer yuxtapuestas en secuencia plana. Es su atadura [*das Gebinde*] aquello que no obstante las articula juntamente en un ramillete (*¿logos?*). El problema no es únicamente, que también, las rígidas, únicamente verticales —es decir, exclusivamente horizontales—, jerarquías que introduce la sintaxis, sino lo callado de sus hilos. Somos títeres en hilos ocluyentes. Estrangulan la lengua y a eso lo llamamos respirar. El problema no es que los hilos sean invisibles sino que en lo obvio de su presencia se olvida su perfil dominador, controlador, instaurando aquello en lo que ya hemos nacido, un ÚNICO modo tan variable y modulable (fluido) como se desee de entender los lenguajes, plurales únicamente por inclusión excluyente de la alteridad. La sintaxis es aquella base plana que determina lo lingüístico y a partir de la cual donde “falta lo sintáctico su estructura se entiende en general como desviación de lo sintáctico, o como un estadio en el que todavía no se ha llegado a lo sintáctico”. Condición de la intertraducibilidad absoluta de las lenguas (modernas) entre sí, Heidegger juega a describir un contrafáctico “de niños” en el que cohabitasen lo sintáctico y lo paratáctico, “por ejemplo, un niño dice acerca de un perro que pasa saltando: “guaugau, malo, morder”. Así suena también el “*chrè tò légein te noeîn t`èon émmenai*”.

Es la producción lingüística de una fijación lo que se establece con la gramática. También los contornos de un campo y las jerarquías en las que el ente se muestra en dicho campo, sus formas de mostración, disposición y aseguramiento. El orden resultado del aseguramiento se desliza imponiéndose al mundo. Lo decible ha de estar contenido en este orden.

Tras lo dicho, Lyotard de nuevo comparece. Fijado el orden, la taxis común y vinculante, el campo discursivo deviene uno. He aquí su espacio, he aquí su plano y el ordenamiento que le es ya propio, por más que sus bordes se expandan a cada paso. Se demanda desde entonces del lenguaje un cumplimiento homogéneo en relación a unos dispositivos de autoaseguramiento. Desde esta mirada, lo paratáctico en el poema de Parménides o la estricta *ataxis* de la sentencia de Anaximandro tal vez devengan ahora huella de una alteridad en clausura, y en tanto que tal, el testimonio silencioso de un más amplio desplazamiento.

Si tomamos aun tentativamente desde la fundación de dispositivos sintácticos de aseguramiento la discursividad metafísica como posible agente discursivo de daño en tanto que privador de decires heterogéneos, se deja presentir —no constatar, no probar, no citar, pues de ser así la inclusión sería ya efectuada— que los bordes de los dispositivos de aseguramiento propios de dicha discursividad ya sintáctica se extienden en todas direcciones mediante protocolos de inclusión que son los que neutralizan la sola posibilidad de decir la alteridad, de proclamar “he aquí algo otro” o cuestionarse cuanto menos por el “haber” de ese “hay”. De ahí el *double bind*, si puede ser, a ver: al decir “hay algo otro” se da cabida ya en este espacio discursivo y por lo tanto no cabe la comparecencia de la alteridad a través del cuestionamiento; si te mantienes en el posible surgir desde decires otros respetando al dominante, no se tiene cabida ni voz que alzar, con lo cual no se dice “hay aquí algo otro”. He aquí un daño. Una cancelación de la diferencia resulta intestimoniabile; no habrá víctimas ni duelo. Pero en el espacio del lenguaje se ha dado ya un paso.

Siendo así, que la historia no pueda ser vista ya como un proceso unitario³⁵ no impide que dispositivos de inclusión y cancelación unifiquen fácticamente el campo de ejercicio del dominio en una creciente hegemonización bajo dispositivos de acuñación técnica del ente, dispositivos discursivos. Se vuelve en última instancia realmente problemático que haya una multiplicación de las imágenes del mundo³⁶.

No se jugará aquí a localizar principios; tal vez, en cualquier caso se atenderá a ciertos posibles orígenes, a saltos primitivos, puentes-ausentes o vuelcos de apertura. A propósito de la *ataxis* y Parménides, en *La Diferencia* se testimonia un paso efectuado precisamente en el instante del abandono de la composición paratáctica. Se refiere Lyotard al tránsito sin retorno del decir *ontológico* al enunciar *logológico*; de Parménides a Platón. Los términos resultan entre sí intraducibles y, por ello, el paso es de una dimensión inconmensurable. En el primero de los lugares, en el poema de Parménides, la lengua se hace cargo de aquello manifestado desde una cierta instancia de absoluta indisponibilidad: es la diosa la que otorga y dice, mientras que el mortal pensador es el hablante que deviene testimonio e instancia de acogida de lo otro. Se pivota sobre una alteridad impenetrable, pues. Mientras que, efectuado el abrupto paso, el segundo lugar conviene con los diálogos en los que es el propio *logos* aquel que abre para el *logos* la manifestación del ser. Se abre un singular campo de inteligibilidad. En el espacio del decir logológico se demanda ya la comparecencia de la instancia de origen, en una anticipación de lo que luego el *Fedro* hará explícito en la condena de la escritura al decir que en ella quien habla está ausente. Se exige en todo momento la determinación de un destinatario, un referente y un destinador. Deben estar disponibles y no hacer como si hablasen la encina y la piedra. El tercero debe estar presente ahora, como cuando ante un juez, al hablar de otro litigante que “no está”, Sócrates afirma que “tú y yo seremos él”³⁷; tan pronto se le trae, se le elimina. Clausurada la diferencia, he aquí la sinrazón.

La instauración del nuevo espacio de mostración va de la mano ya de la activación de una sinrazón fundante. Con ello, no se toma al momento fundante a modo de referente o instancia de derivación normativa; se pretende aquí tan sólo resaltar la dinámica que le subyace, las localidades movilizadas.

El cumplimiento del salto se manifiesta en un vuelco que deja su huella en la palabra *logos*. *Logos* y *logos*, no dicen lo mismo. La diferencia del grafema, de nuevo inexistente para los griegos³⁸, muy salvífica para nosotros, ya no es decir-acoger, sino decir-argumentar-asegurar³⁹. La palabra es intraducible para sí misma, tanto como cegada será dicha intraducibilidad, esa apenas apuntada más arriba. Y con ello se da el salto a la solicitud de dispositivos de aseguramiento de la disposición discursiva y su repetibilidad, su comprobabilidad. Y ello vale tanto como decir: aseguramiento de procesos de legitimación de discurso, de palabras, pero también de acciones y de efectuaciones de poder. Es el contorno férreo e intolerablemente invisible de un mundo de cosas, palabras y acciones previsibles -y previstas-.

Desembocadura en las fuentes: la discursividad metafísica demanda la comparecencia de un tercero, requiere de él a disposición plena: requiere su aseguramiento, su repetibilidad, que vale tanto como decir que demanda de lo otro su desaparición, su eliminación desde su lugar.

³⁵ VATTIMO, “Gianni. Postmodernidad: “¿una sociedad transparente?” ”, en VVAA *En torno a la postmodernidad*. Anthropos. 2003. Barcelona. p. 10.

³⁶ *Ibid.* p. 16.

³⁷ LYOTARD, Jean-François. *La diferencia*. p. 37.

³⁸ Desde luego en Platón inclusive.

³⁹ *Ibid.* p. 34.

Debería citarse, señalar debidamente las referencias. Al fin y al cabo, en los discursos de saber legitimados tras la caída del gran relato, la realidad se establece sólo en base a su repetibilidad. De ella depende su carácter constatable (falaz reconocimiento), su puesta en plena disposición, que a su vez dependerá de la efectuación de procedimientos o protocolos unánimemente aceptados -¿se plantea, en una tesis, en la institución pongamos por caso, una posible no aceptación de dichos protocolos tácitos o explícitos?- que abren la posibilidad de recomenzar esa realización tantas veces como se requiera. Se debe citar adecuadamente, lo que vale tanto como afirmar la necesidad de un aseguramiento discursivo suficiente como para que el decir permita su inserción en las debidas series de sollicitación. Todo debe estar disponible, tantas veces se requiera. El hecho debe en tanto que dato ser accesible, al igual que el texto devenido cita ha de quedar asegurado en la completa disposición de cualquier potencial consultante. La cita asegura sin límites, pues todo es citable y todo debe ser citado en el espacio de la discursividad dominante.

Así despejada, la cita deviene un dispositivo preeminente de autoaseguramiento discursivo. Cancelada en su origen la instancia de alteridad, ausente ya el metarrelato “marco único” de toda enunciación, todo discurso deviene metadiscurso en tanto que cita, en tanto que es discurso de discurso, que expone un poder homogéneo de plena insertabilidad. Todo debe ser potencialmente reinsertado.

Lyotard señala hacia la movilidad de los planos ejercida, hacia la metalepsis⁴⁰. La metalepsis marca el ritmo de los movimientos: los planos se desplazan y lo que se situaba en el lugar de quien habla, se disloca hacia el de lo dicho, quien lee es quien escribe, en una transposición múltiple de posiciones. Así, en la cita el referente pasa a ser emisor en una relación reversible, y se despliega un nivel textual más que permite por un lado afianzar la linealidad cronológica discursiva -todo se da ya ahora en el transcurso del discurso actual- y, por otra, generar dispositivos de legitimación del discurso. Pero también, y quizá en primer lugar, institucional. Esto es: se busca la aprobación por parte de su destinatario especializado y selecto, o que deviene tal desde el primer gesto de adentrarse en el texto. A fin de cuentas la metalepsis-cita instituye los mecanismos en que el decir se acuña según la disponibilidad-repetibilidad-exclusión de lo otro, mecanismos que hoy bailan al son de la mercadería. Asegura que el producto-comunicado sea efectivamente consumible-comprobable-repetible sin resistencias, y todo ello sin la necesidad ya de establecerse en el espacio de un gran relato legitimador. La gran narración es de hecho ya prescindible. Y todo ello como deriva logológica de la supresión de lo otro. Así se fija la legitimación resultado de la caída del meta-discurso prepostmoderno⁴¹. Cabe la posibilidad, por tanto, de que debamos de admitir que la metalepsis absorba las discrepancias y las lleve, por lo menos, a un lenguaje común. Mientras que la sinrazón procedería de que el daño no encuentra su cabida en el lenguaje común (p. 42), lo cual supone que, de hecho la sinrazón no aparezca, que como tal no manifieste su procedencia ni active proceder alguno.

Y ya no sólo en el texto o el texto en el texto; todo un horizonte se expande sin tropiezos empezando por toda una práctica textual de sobras conocida: desde la redacción hasta la aprobación, aceptación, edición, etc. La condición es la firme puesta a disposición según condiciones de citabilidad. ¿La cifra abre alguna alternativa? Ya quedó apuntado cómo de hecho manifiesta mejor que la cita cierto carácter problemático de las *sociedades abiertas de control*. La cifrabilidad de la cifra, incluso independientemente de su número, remite a una cierta referencia abierta al *original*. La referencia al texto se permite en ese caso una indeterminación con margen suficiente para no tener que hacer algo diverso a aquello que

⁴⁰ *Ibid.* p. 39.

⁴¹ LYOTARD. *La condición postmoderna*. p. 41.

operaba ya en la interpretación respecto a la cita elemental. Asentado en una ficción cosustancial a la apertura interpretativa, el lector en su actividad de lectura acepta revelaciones de una divinidad que soteriológicamente garantiza su condición de lector. Autoreconocimiento a expensas de clausura de la alteridad. Esto primero, aquello después, su conclusión, lo que importa. Más allá de la literalidad pero tenazmente sujeta a la letra de la autoría referenciada se encuentra el texto con la cifra. La referencia misma y su consiguiente autoridad dogmática están sujetas a esta sofisticada clausura de la alteridad. Todo sigue igual, interconectado entre sí sin afuera posibilante. Es el cuño fijado incluso fuera de los márgenes de la hoja en el momento del fin de la metafísica en que el ente es ente en tanto que disponible en stock⁴². En resumidas cuentas, es en esta configuración donde el sujeto moderno traza sus contornos permeables como resultado del cruce de líneas y nudos de flujos de información, de disponibilidad de consumo⁴³; de repetibilidad canjeable.

No queda más que insistir quizá machaconamente en aquella múltiple contrapregunta inicial: que todo sea potencialmente insertable discursivamente, ¿deja espacio de comparecencia a una alteridad? ¿Cabe un otro-decir que se mantenga otro fuera de toda insertabilidad? ¿Podría comparecer sin acceder a un discurso en que se hayan desplegado las disposiciones discursivas de aseguramiento? El resultado es, ya no tanto la afirmación de una discursividad totalitaria, pues no se pretende ni se puede testimoniar un caso u objeto acudiendo a la categoría del todo (absoluto), posibilidad ésta revocada en la caída misma de todo gran relato y la afirmación de la instancia de indeterminación contratotalitaria antes señalada, sino una extensión ilimitada de los márgenes del discurso dominante y los protocolos de aseguramiento que los establecen. No hay aquí testimonio posible de lo ajeno a estos protocolos: no tiene cabida si los transgrede.

*

En el primero de sus manuscritos, Marx habla de lo que parece una ampliación de los márgenes sin resistencias. Dice: “El interés del comerciante es siempre agrandar el mercado y limitar la competencia”⁴⁴. Efectivamente alude a una tendencia mecánica hacia el monopolio en todo momento activa que acuñaría la particularidad del sistema capitalista y, de manera colateral, definiría los distintos posicionamientos posibles del Estado y, en general, de la acción individual y política en un espacio económico ya dado. También respecto a él se llega tarde.

Evidentemente, resulta difícil esquivar la cuestión de si estas dinámicas del mercado no se arraigan o son las mismas que la tendencia ya señalada a un pleno aseguramiento discursivo y, desde él, del ente todo. Las líneas quizá se vuelvan ahora paulatinamente visibles al tenderse entre los puntos de la triangulación postmodernidad-discursividad-capital. Se vislumbra a partir de aquí la silueta de dispositivos no totalitarios, es cierto, pero sí totalizantes en los que los mecanismos de aseguramiento —la efectiva integración de todo, o la exclusión de lo heterogéneo— no hallan más que su ocultación, su más efectivo disimulo. Un disimulo que es manifestación ciega pero irrevocable de la exclusión-inclusión de cualquier alteridad que pudiese “decir su daño” —la sinrazón deja las manos limpias— y que hallaría su rostro en un característico “relativismo” en apariencia compatible con el margen de indeterminación contratotalitario. De hecho, *todo cabe aquí*. Señalemos que se pone el acento sobre el “aquí”, sobre el “en este espacio”, en estos márgenes siempre ampliables, límites sin límites.

¿Es aventurable en tal caso al menos un paralelismo o un cierto agenciamiento entre los dispositivos de aseguramiento discursivo y la dinámica del mercado capitalista, si de lo que se habla es de ampliación continua de márgenes siempre incluyentes?

⁴² HEIDEGGER, Martin. “La pregunta por la técnica”. *Conferencias y artículos*. p. 17.

⁴³ LYOTARD, Jean-François. *La condición postmoderna*. p. 36-37.

⁴⁴ MARX, Karl, op, cit. p. 73.

Las afinidades son más que eso si leemos en *La condición postmoderna* que, al tratarse la caída en desuso de la *Bildung* ilustrada entendida como formación del espíritu, incluso de la persona, la “relación de los proveedores y de los usuarios del conocimiento con el saber tiende y tenderá cada vez más a revestir la forma que los productores y los consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es decir, la forma del valor”⁴⁵. Afirmar que la discursividad toda, bajo la forma del saber en circulación, se acuña bajo los términos del mercado no es entonces un mero paralelismo arriesgado.

De nuevo en Marx, en el tercer cuaderno de los manuscritos y a propósito de los primeros planteamiento de la noción de alienación, se puede leer que “con un reconocimiento aparente del hombre, al trasladar a la esencia misma del hombre la propiedad privada, no puede ser ya condicionada por las determinaciones locales, nacionales etc., de la propiedad privada como un ser que exista fuera de ella, es decir, si esa economía política desarrolla una energía cosmopolita, general que *derrriba todo límite y toda atadura, para situarse a sí misma en su lugar como la única política, la única generalidad, el límite único, la única atadura (...)*”⁴⁶. La cursiva es nuestra. De tal manera que la pérdida del carácter local, su tendencia ya desde el inicio globalizante, constituye la condición de su unicidad efectiva, precisamente en un constante desplazamiento de sus márgenes. Es este desplazamiento afín a la metalepsis del sistema de autolegitimación y autoaseguramiento discursivo, del que citabilidad y presunta traducibilidad -facetas de un mismo movimiento-, el que haría posible y ejecutaría dentro del seno del lenguaje toda dinámica de sinrazón. No parece absurdo el paralelismo presentado. Y más cuando a fin de cuentas también la cita se establece como una forma de distribución y desplazamiento de propiedades, plazas y voces.

Visto así, el capitalismo podría ser también caracterizado como un sistema de asimilación total de toda instancia externa quedando a la vez todo insertado de mano de la discursividad técnica. Los protocolos de aseguramiento son en todo vigentes. Y que conste que, de ser así, este texto sería un ejemplo eminente antes que una excepción.

En cualquier caso la sinrazón se haría norma, y norma invisible por más que en instantes, en escritos, se la haga traslucir. Bien sea cierto que no corresponda al pensamiento mas que, tal vez, atender a la obligación de denunciar cuándo tal o cual tribunal —tal o cual posición de poder— no es competente para juzgar conflictos concretos⁴⁷, a la luz de que hay de hecho coacciones y conflictos inatendibles por tribunal alguno, y más aún señalar qué dispositivos colaboran con coacciones y dispositivos de dominación fundantes. Si la dominación efectiva del mundo se da en el lenguaje, no hay crítica que lo sea que no cuestione los dispositivos lingüísticos mismos que la generan ni los órdenes que dichos dispositivos sostienen y fundan. Esto pasa por abrir el espacio imprevisible para su desmontaje; espacio, de hecho, incifrable —cítelo quien pueda si no—.

*

Me gustaría llamar diferencia el caso en que el querellante se ve despojado de los medios de argumentar y se convierte por eso en una víctima (...) La diferencia no es objeto de litigio⁴⁸.

Los movimientos de ampliación sin límite ni resistencia de los campos, su mútua armonía en el capital y en el discurso *tético*, dan señales centelleantes del espacio en que la crítica puede apuntar aun a riesgo de socavar su suelo. A la fragmentación del origen y la caída

⁴⁵ LYOTARD, Jean-François. *La condición postmoderna*. p. 16.

⁴⁶ MARX, Karl. *Manuscritos*. Economía y filosofía. Alianza. 1985. Madrid. p. 136.

⁴⁷ OÑATE, Teresa. *Entrevista con Jean-François Lyotard*. (Paris, 13/12/86) Revista de Filosofía META Vol. 1. n°2. Mayo 1987. Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. <http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei>

⁴⁸ LYOTARD, Jean-François. *La diferencia*. p. 22-23.

del metarrelato en múltiples narrativas, les responde como correlato una unificación discursiva totalitaria omniabarcante en todas sus fibras, una dominación sin márgenes ni resistencias con visos, por ello mismo, de resultar imperceptible. Son manifestaciones de la cita -de orejitas que escuchan o que disponen duros pasos de llamada al orden-, que es decir tanto como la inclusión de lo otro tras la cancelación del onto-logos. Que a ella pertenezca también la instancia de indeterminación contratotalitaria supone la cancelación de toda centella de alteridad; y ello en base a dispositivos discursivos plenamente localizables que fundan dicha dominación. Como la carta robada de Poe, su presencia a plena luz la pone a salvo de la mirada interrogativa. Mecanismos lingüísticos diversos y concretísimos, vigentes en cada palabra alentada con ánimo de vigencia, se cumplen reforzándose dicha dominación hegemónica en un orden de plena disponibilidad. Palabras, cosas y actos en su totalidad penden firmemente de estos mecanismos. En atención a la diferencia, pues, y tras lo señalado hasta este momento —hasta qué punto la sintacticidad del discurso metafísico hace texto y cómo con la dominación global del capitalismo en la época de la condición postmoderna—, posiblemente resultaría de necesidad emergente apelar, como ya se ha hecho, a cierta “parataxis” o incluso a dinámicas “atácticas” solamente sugeridas.

Pero el desplazamiento de planos, la metalepsis encentada por la cita, permite leer en Lyotard de qué modo la diferencia no sólo no es objeto de litigio sino cómo, en el fondo y desde un principio, no es en absoluto objeto ni halla cabida en tanto que diferente en forma alguna de discurso *tético*. También un retraso respecto a ella se deja sentir: jamás se la alcanza. Su tiempo rehuye.

Aclarar es una acción topológica, y acorde con ello en este texto no se pretende fundamentar sino situar. Incluso, tal vez, en espacios indisponibles. No explicar sino pensar. Y localizar de hecho las fallas, los desplazamientos múltiples entre planos, las dislocaciones y cesuras entre lugares. También las confluencias y acordes, las líneas de fuerzas sumadas o divergentes. En este sentido la acción cabe que sea de raíz "crítica", en la atención a aquellas líneas que separan y unen y abren.

Desde aquí, interrogar en qué margen el postmodernismo pueda efectivamente abrir márgenes de alteridad es el modo en que el problema se sostiene aún tal y como se formuló al principio, pero ahora realizada ya la confrontación que de la pregunta debía derivarse. El dominio del capitalismo es indisociable de un orden discursivo que lo sustenta y que a cada paso es afirmado de forma hegemónica. Desde la palabra lo ente todo todo es alojado en tanto que disponible -citable-, traducible -a cálculo y canje- sin resistencias e insertado en un orden que se afirma férreamente antes ya de toda voluntad. Con ello, la triangulación ya ha dibujado los contornos de un campo. Ahora desde él tal vez quepa abrir, quién sabe si mediante una otra dislocación, el intersticio desde el que quepa cuestionar en dirección a la alteridad. Es por la posibilidad de la heterodoxia, en el fondo, por lo que se pregunta.

En atención a la divergencia y a su impacto en el orden sintáctico, sea leído este texto, a lo sumo, como un tentativo preludeo. Él mismo demanda su alteración. Sea roto. Y entonces léase otra vez diferente.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ADORNO, Theodor. *Dialéctica Negativa. La jerga de la autenticidad*. Akal. 2005. Madrid.
ALTHUSSER, Louis. *Para un materialismo aleatorio*. Arena Libros. Madrid. 2002.
CASTRO, Ignacio. *En Espera*. La Oficina. Madrid. 2021.

DELEUZE, Gilles. "Postscriptum a las sociedades abiertas de control", en *Conversaciones*. Pre-textos. 2006. Valencia.

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *¿Qué es filosofía?* Anagrama. Barcelona. 1997.

HEIDEGGER, Martin. *Lógica. Lecciones de Martin Heidegger* (semestre de verano 1934). Anthropos. 1991. Barcelona.

HEIDEGGER, Martin, JÜNGER, Ernst. *Acerca del nihilismo*. Paidós. 1994. Barcelona.

HEIDEGGER, Martin. *Conferencias y artículos*. Ediciones del Serbal. 2001. Barcelona.

HEIDEGGER, Martin. "La sentencia de Anaximandro" en *Caminos de bosque*. Alianza. 2003. Madrid.

HEIDEGGER, Martin. *Parménides*. Akal. 2005. Madrid.

HEIDEGGER, Martin. *¿Qué significa pensar?*. Trotta. Madrid. 2005.

HEIDEGGER, Martin. *Der Spruch des Anaximander*. GA 78. Vittorio Klostermann. Fráncfort del Meno. 2010.

HEIDEGGER, M., *Cuadernos Negros. Reflexiones XII-XV (1939-1941)*. Trotta. Madrid, 2019.

LYOTARD, Jean-François. *La condición postmoderna*. Cátedra, 1984. Madrid.

LYOTARD, Jean-François. *La diferencia*. Gedisa. 1999. Barcelona.

LYOTARD, Jean-François. *La postmodernidad enseñada a los niños*. Gedisa. 2005. Barcelona.

MANDELSTAM, Ósip. *Coloquio sobre Dante*. Acantilado. 2006. Madrid.

MARX, Karl. *Manuscritos. Economía y filosofía*. Alianza. 1985. Madrid.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich. *Manifiesto del partido comunista*. Biblioteca nueva. 2007. Madrid.

OÑATE, Teresa. *Entrevista con Jean-François Lyotard. (Paris, 13/12/86)* Revista de Filosofía META Vol. 1. nº2. Mayo 1987. Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.
<http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei>

OÑATE, Teresa. *Para leer la metafísica de Aristóteles en el siglo XXI*. Dykinson. Madrid. 2001.

VATTIMO, Gianni. *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*. Ediciones Península. Barcelona. 1986.

VATTIMO, Gianni. "Postmodernidad: "¿una sociedad transparente?" en *VVAA En torno a la postmodernidad*. Anthropos. 2003. Barcelona.

VATTIMO, Gianni. *De la realidad. Fines de la filosofía*. Barcelona: Herder editorial. Madrid, 2013.

ZIZEK, Slavoj. *La vigencia de El manifiesto comunista*. Anagrama. 2018. Madrid.